

LA CANCIÓN DEL POBRE JUAN

Blas Matamoro



DE
PARADO

La canción del pobre Juan

Blas Matamoro

**DE
P
A
R
A
D
O**

Índice

Cubierta
Portada
Epígrafe
La canción del pobre Juan
Sobre el autor
Créditos

“...el mismo nos manifesto que habia una cantidad inmensa y asombrosa de tierra que se llama mundo...”

El Subteraneo o La Matilde novela compuesta en inglés por Mistriss Lee, traducida al castellano por Manuel de Quevedo Bustamante, Madrid, en la Imprenta de la Viuda e Hijo de Marin, año de 1795, tomo I, páginas 5/6

—Y ahora, gentiles oyentes, hacemos un alto en nuestra velada para dar lugar a que la gran orquesta típica del maestro Santos Peñalba permita situarse frente a los atriles a la jazz que conduce el prestigioso concertista de banjo Roque Ventimiglia. Entre tanto, los dejo en la grata compañía de nuestro barman Ciro Lafuente.

—Queridas amigas, queridos amigos, les voy a proponer en esta hora propicia a los cócteles, cuando el día apaga sus esplendores para ceder paso a la majestad estelar de la noche, un trago en homenaje a ese acontecimiento que ha conmovido al planeta y marca una época en la historia de la civilización: los experimentos atómicos en el atolón de Bikini. Nuestro cóctel de hoy se llama, pues, *Atolón de Bikini*. Por favor, maestro Ventimiglia, una ráfaga suave de fondo que evoque los cálidos mares del Pacífico, las playas acogedoras y las susurrantes palmeras de Bikini. Verán ustedes, amigas y amigos, que el trago es muy accesible y puede prepararse fácilmente en cualquiera de nuestros hogares. Ingredientes: una medida y media de vermut rojo italiano, un toque de pisco peruano, una aceituna verde de Corfú, unas gotas de Grand Marnier. Conviene que el vermut se encuentre macerado, durante unos seis meses, con ralladuras de cáscara de naranja amarga. Se cuele, se mide y se vierte en el vaso, añadiendo luego el pisco y la aceituna. Finalmente, se perfuma con el Marnier. Atención, distinguidos invitados: para el éxito del cóctel es

indispensable no echar hielo ni batir, sino enfriar previamente el vaso y revolver con suavidad su contenido. Y ahora, mientras se disponen ustedes a gustarlo, los entrego a la grata compañía de la orquesta Ventimiglia, con su característico y elegante ritmo. Hasta el próximo sábado, amigas y amigos, y recuerden que un buen trago siempre alegra el corazón.

—Hasta el sábado, Ciro, y muchas gracias.

Volver es volver a llamarme Juan S. Aguilar. En España era Juan-Sebastián Aguilar Pinasco, a veces con un segundo guión, incorrecto y apócrifo, que se me colaba por descuido en alguna planilla burocrática. Fijaba cierta simetría tranquilizadora. La simetría siempre tranquiliza porque asegura que, del otro lado, hay lo mismo que de este lado.

Un empleado memorable, con su bigotito de caballero cruzado y su aire de fundador de mundos, me pregunta:

—¿Sebastián es apellido paterno y Aguilar, apellido materno?

—No. Aguilar es apellido paterno.

—¿Y su apellido materno? ¿Es que no tiene usted madre?

—Pinasco.

—Pues añádalo usted.

He estado pensando: “Vos también tenés madre y me cago en ella”.

Me contraigo al volver. Los equipajes de los viajeros también se contraen. Al hacer la maleta, se tira lo superfluo, se reduce uno a lo mínimo. Comprende, al fin, lo que sobra, se poda para crecer de nuevo, como una planta. Es, quizá, lo único que realmente enseñan los viajes: que mucho de lo cotidiano es lujo sordo y hay piezas que se pueden sustituir y no vale la pena cargar con ellas.

Reduje mi equipaje a una liviandad que permita fáciles desplazamientos. La ropa en una valija de cuero y los libros en un maletín de primeros auxilios: Proust, Valéry, los tomitos de Thomas Mann en la edición Fischer, Borges en

un grueso volumen como las recetas de cocina de doña Petrona de Gandulfo, los sonetos y las elegías de Rilke. Manuscritos a la basura, cartas y recortes a un hispanista polaco que enseña en Ottawa y que estudia la obra de los escritores errantes. Mis libros, en primeras y únicas ediciones, a la Biblioteca Hispánica de Madrid. Unas casetes con las músicas que me persiguen, fieles, inmunes al tiempo: la sonata de Liszt en la demoníaca versión de Horowitz, la sonata de Franck con Thibaut y Cortot que viene desde el fondo de una gruta con todas las agachadas del romanticismo, el segundo cuarteto de Borodin, la Flagstad muriéndose como Isolda, Sarah Leander y sus gemidos andróginos, Marlene Dietrich asegurando que la vida es una *symphonie d'un jour*. Y nada más. No quiero tangos, porque me suenan a lejanos y también me sonarán a lejanos en Buenos Aires, anulando todo viaje. Falta el vals de Satie *Je te veux* que cantaba una tía de la Vero en un piano con sordina que era como medio piano. Tantas buenas sopranos lo harán mejor pero sólo su recuerdo es capaz de martillarme la memoria y enseñarme, insistente, que vivir es repetir como un monomaniaco *je te veux, je te veux*.

En los papeles españoles hizo su aparición el escondido Sebastián, que estaba detrás de una enigmática S, parecida a una serpiente. Fue una peregrina decisión del Chango llamarme Sebastián. Llamarme Juan era como llamarme Nadie y ser Juan Sebastián no sólo evocaba un artículo de enciclopedia de la música sino dejar de pelear contra el catolicismo barrial de la Coca, catolicismo de Apostolado de la Oración y Novena de Santa Teresita y rosario por las almas del Purgatorio. Esas almas sometidas a una dieta de purgante para arrojar lo que no habían digerido durante la vida.

Imagino al Chango llevándome en brazos al Registro Civil, hijo primogénito, varón, destinado a ser hijo único, capaz de pagar su vida de camionero, la vida de alguien que ya se

llamaba Juan Aguilar. No sabía nada de música pero consultó el santoral y halló a San Sebastián, que ya es decir. Con los años, siendo ya un muchacho culto de Buenos Aires, el doblete de Juan Sebastián me abrumó y lo reduje. En la S quedó encubierto y protegido el santo hermoso y sufriente, asaeteado por su amante, el capitán de la guardia romana, y por los pintores italianos del Renacimiento. Sebastián, parodia de mártir, levantando sus ejemplares brazos por encima de su cabeza enrulada para mostrar sus axilas impecables y exaltar su caja de atleta, en tanto sus piernas bailan sobre la tierra florida. Sebastián, abierto, esperando ser abrazado y prometiendo sudor y sangre, con alguna lágrima de alegría en el momento del descuido supremo. Todo eso metió el Chango entre el Juan de nadie y el Aguilar de todos y de cualquiera, un lugar lleno de águilas mantenido por generaciones de pobres escapados de un pueblo castellano al río lleno de plata.

Cuando me repetí en silencio “Juan S. Aguilar” creí que había vuelto a Buenos Aires.

Alberto Rupérez me invitó a su programa de televisión. Lo hacía a media tarde, para familias después del almuerzo y antes de la siesta, con el título de *País cordial*. Era por 1984 y la democracia devolvía la cordialidad a la Argentina descuartizada por la dictadura. Una señora muy aplicada detalla cómo se prepara el arroz a la tailandesa, una vedette de revistas elogia su próxima temporada, desfilan los últimos hallazgos de la casa Freimaurer en materia de minifaldas de cuero, Alberto me pregunta qué se siente al recuperar el ámbito natal, me sugiere que comente la actualidad política europea en tres minutos y medio, desea saber mi opinión sobre el compromiso del escritor ante las arduas exigencias de la hora actual. Siento mis gafas o anteojos deslizándose por el sudor de mi nariz y veo confusas figuras que seguramente se pasan órdenes sobre la iluminación y las quinielas del próximo jueves. Empiezo a

tener ganas de irme y pido un vaso de tónica para atravesar el desierto.

—Y ahora, queridos espectadores, la joven estrella del ballet nacional Daniel Dávila.

Música en off, unas variaciones de Tchaikovsky, de la penumbra sale una sombra brillante, dos piernas se dibujan en el negro del maillot bajo la camiseta blanca. El bailarín simula entrenarse en la soledad de un estudio. Marca unos pasos que no atino a describir y tengo la extraña y familiar percepción de que salta ante mí y consigue ralentizar el movimiento en el aire, como si se apoyara en él, según se dice de los pájaros y los aviones. Los pájaros siempre vuelven. Los aviones, a veces, también.

Primera señal de peligro: el muchacho, entre una variación y otra, se para delante de mí, bombeando su respiración, y logro ver sus ojos claros al fondo de sus cuencas sombrías. No se advierten los centros de sus pupilas, la mirada es anárquica, la luz entra y sale fácilmente de ellas, señalando recintos profundos, cambiantes de color: los ojos del Chango, un cielo de resol con pintas rubias, que se impregnan del tono más cercano, llenándose blandamente de paisaje. Apenas lo constato, el chico sale disparado hacia el centro de la plataforma. La música se ha alejado hacia regiones indiferentes mientras él crea su propia música: roce de ropas húmedas de sudor al contacto de sus brazos estrictos, chirridos de las zapatillas sobre el suelo encerado, caída del cuerpo y su oculta osatura, frágil y firme como un arma arrojadiza, liviana pero certera. El ámbito, por un momento, se ilumina con el inconstante color de sus ojos.

Segunda señal de peligro: astillas de oro tímido laten en las paredes, todo es remoto menos el descomunal destello de sus ojos. Valía la pena esta confusión de mi vista miope, sumada a las sevicias de la televisión, para alcanzar los detalles que me ha hecho inventar con sus evoluciones el bailarín.

Alberto Rupérez reúne a los invitados para la ronda final. Se habla del triunfo de los argentinos en el exterior, de la plasticidad cultural de este gran país, se decide que yo he conquistado Madrid y quizá también Barcelona, se incita al joven Dávila a que dé uno de sus memorables saltos, esta vez sobre el Atlántico. Sí, estoy en Buenos Aires, oigo decir *Atlántico* y no *Alántico*.

Intento cambiar una mirada con el chico que, por suerte, no se fija en mí ni un momento, habla hacia la cámara e intenta superar el trac de haber bajado al terragal de la palabra. Por suerte, me digo, desaparecerá en una bambalina y no volveremos a vernos, aunque me quedan sin satisfacer las ganas de secar su cara, la transpiración que empieza a desdibujar su maquillaje. Atino a ver que sus ojos se enrojecen por el exceso de luz y se ponen felinos, para apagarse como un chubasco de nieve. Nos damos la mano. Sí, por favor, que se vaya, que no acepte el pañuelo que acabo de sacar de un bolsillo y no me atrevo a ofrecerle para conservar una marca de su cuerpo color de piel cubierta de pintura.

—Te espero esta noche, hay una fiestita en casa -me recuerda Alberto.

—Te agradezco... la sorpresa, quiero decir.

—Y todo gratis, mirá si soy tu amigo.

A la noche, me acerco a un viejo almacén de la calle Santa Fe en busca de una botella de whisky. Vuelvo a pensar en Daniel Dávila. El ceniciento laberinto de la ciudad me lo habrá de guardar celosamente, luego se irá lejos, ese chico tiene un futuro, según dicen los que siempre dicen lo mismo. Pero no. Daniel está en la puerta del negocio. Hola, qué sorpresa, etcétera.

—¿No irás a lo de Alberto?

—Sí, voy -dice y sonríe como si confesara algo indebido.

“No, pibe, así no. Estás coqueteando con un viejo cuarentón porque te sientes o te sentís seguro de lo que pareces o parecés. No.”